

# CUANDO EL SOL APAGA LOS DESTELLOS MAS DEBILES

Vicente Fco. Torres

A José Revueltas, hombre  
cuyos dedos han palpado la  
llaga escondida bajo la sotana  
tricolor.

Las láminas de los techos y las ollas colgadas de los clavos comenzaban a vibrar. Los hilos argentinos de la vía, tendidos sobre las piedras, reflejaban el sol agonizante bailándoles en sus caras. El tren ya se miraba a lo lejos, y lo venía anunciando su silbato que amenazaba su llegada con su grito como lamento. A medida que se acercaba a las casuchas de madera, apenas encajadas en el polvo, como borrachas, iba dejando atrás su penacho fúnebre de humo.

El día se les moría inevitablemente a las gentes, en las caras y en las manos. La llegada del tren a la momentánea estación era invariable. Diríase que el ferrocarril era una gigantesca manecilla de metal con forma de azotador. Esa figura negra y grasa tendíase sobre la cara del reloj, trazado imaginariamente en medio de basura, perros-marimbas y niños desnudos. Casi parado el tren de las últimas a las primeras casuchas, las marcaba con su cuerpo perezoso, como tirado desdeñosamente: eran las seis de la tarde.

Toda la atmósfera apestaba a petróleo y a metal.

El sábado anterior —hoy hace una semana justamente— toda la gritería se había apagado como un golpe.

Los rumores de los sucesos que enlutaron a los privilegiados habitantes de los vagones abandonados, habían corrido hasta las casas levantadas con cartones y madera.

Los habitantes de los vagones viejos no eran enemigos de los habitantes del mundillo de allende la calzada, no, simplemente que era un lujo vivir en un cascote con ventanas y tener lavadero de piedra con tinaco al lado: en eso radicaba la distinción hecha casi sin darse cuenta.

En Cañitas las cosas eran diferentes, pues uno tenía que esperar hasta para entrar a “calzonear” a la letrina. Aquí no había lugar para ventanas y las aguas fétidas lamían los sardineles de las puertas. Los hijos panzones y encuerados corrían con las mejillas acartonadas de mocos.

El domingo, en Cañitas, a todos se les

veían los ojos como inyectados de un confuso sentimiento, mitad odio, mitad miedo, cuando azotaban sus miradas sobre el gusano de metal que ya estaba allí, igual que el día anterior, marcando con su cuerpo, con su lamento, con su penacho ahumado y su silbido, las seis de la tarde.

El sábado, el nombre de el "Frijol" bailaba nerviosamente sobre los labios de todas las gentes; en los de los habitantes de Cañitas y también donde los privilegiados amos de los vagones. El domingo sólo era un recuerdo que obligaba a perder la vista en las nubes y a bajarla a los costados del tren.

Hasta antes de los sucesos de hace ocho días el "Frijol" fue un muchacho güerito, escoltado siempre por dos muletas que suplían una de sus piernas, ese como trapo almidonado prendido de su vientre.

Al nombre de el "Frijol" lo apagó un hecho común a los habitantes de los costados de las vías: Cuando el pito del tren deja oír su chillido, toda la chiquillería alborota y se planta junto a los rieles. El tren se acerca, esperan su paso y se prenden como sanguijuelas a las escalerillas de los vagones. El "Frijol" corría moviendo frenéticamente sus muletas que arrancaban casi a güevo, tristes destellos a la agonizante luz; cuando estaba asido a la escalerilla, tiraba las muletas que otros le recogían y le llevaban hasta donde se dejara caer del tren.

Los mocosos repetían su burla escatológica todos los días, a la misma hora y en el mismo sitio. Luego de sentirse poseídos del vértigo de la velocidad, se descolgaban con una sonrisa metida entre los labios. Era el último acto que cerraba el rito celebrado todas las tardes, antes de meterse en las casas y sentarse bajo la luz del bote desparramado de estopa empetrolada, a masticar un puñado de frijoles hervidos, todos impregnados de un sabor a petróleo. Allí volaba su imaginación mientras encontraban mil formas fantásticas a cada

una de las partes desportilladas de los platos.

El sábado anterior el rito no se había cumplido; mejor dicho, no todo el rito se realizó íntegramente.

El silbato lloró igual, bajo la tarde que se moría; los muchachos con sus mejillas acartonadas de mocos, vieron, esperaron, dejaron pasar el tren y se prendieron a él. Lo que alteró la ceremonia fue el brinco de el "Frijol" a la escalerilla.

El "Frijol" corrió desaforadamente tras el tren mientras las lenguas de sus muletas recogían los últimos rayos del sol. Su salto no fue como el de todos los días porque el cuerpo nunca se le había enredado en las ruedas del tren, ni las esquirlas de los huesos se le habían enterrado en la carne, como dardos calientes.

Esa tarde no se recogieron todos y se alumbraron la cara con luz de petróleo mientras comían frijoles.

El cuerpo quedó convulsionándose con los ojos todos secos, sin llorar, toda blanca la cara.

Las lágrimas no se atrevieron a asomarse a sus ojos, sólo hasta que estaba en la cama del hospital, bajo la mirada herida y seca de su madre, que inocentemente esperaba uno de esos milagros acontecidos en los últimos días. . . Sólo hasta ese momento las lágrimas llegaron acompañando una mirada anhelante, ciega y en redondo, mientras por sus labios resbalaron unos intentos de palabras:

—l ass m osscaas. . .

La boca se le quedó abierta como una herida que le manchaba el color apagado de la cara.

Su cuerpo sacrificado en un altar tan insólito, ara de piedras, rieles y durmientes, sirvió para suspender por seis días exactamente, la diversión de las seis. Porque ahora, cuando la tarde quiere esconderse bajo las casas, y el crepúsculo adorna la llegada del tren, los muchachos van acercándose a la vía, mientras escupen en sus palmas la saliva joven que se embarran en la mezclilla de las perneras. . .

